

I. INTRODUCCIÓN

1. Descripción General

La sexualidad humana se manifiesta en conductas sexuales, sin embargo abarca también otros aspectos. La sexualidad implica expresiones biológicas, conductuales, psicológicas, socioculturales, de feminidad, de masculinidad y androginia. Es un constructo que se desarrolla a lo largo de la vida, en un tiempo histórico-sociocultural determinado y tiene implicaciones en la salud física y emocional de las personas.

Un componente importante dentro de la sexualidad es la satisfacción sexual. Este elemento se refiere a la capacidad que tiene la persona de disfrutar su propia sexualidad y la interacción sexual con su pareja. Según Lechuga (2000), la satisfacción sexual es llevar a cabo una relación sexual junto con la pareja con amor, espontaneidad y respeto mutuo, en donde exista una entrega total por parte de ambos miembros desde el principio hasta el final de la unión con plena libertad en el acto sexual, teniendo como resultado final un sentimiento de plenitud y placer. La insatisfacción sexual, por el contrario, se define como el sentimiento de frustración que experimenta el individuo que no logra disfrutar por completo del placer y del orgasmo (Castelo-Branco, 2005). Es difícil encontrar una sola definición de satisfacción sexual, ya que es un tema subjetivo y no existe un marco teórico uniforme y aceptado por la mayoría. Sin embargo, diversos autores (Dolto, 1982; Gonzalez, 1986; Kaplan, 1988) están de acuerdo que la satisfacción sexual va más allá de la genitalidad y que implica expresiones de amor y ternura.

Para comprender la evaluación de la sexualidad, como satisfactoria o insatisfactoria, es importante considerar aspectos propios de la persona que participan en este intercambio humano, así como elementos vitales dentro de la relación de pareja.

De acuerdo con Castelo-Branco (2005) las causas de la insatisfacción sexual son múltiples, sin embargo, la más frecuente tiene su origen en la falta de afecto o desavenencias entre la pareja y la estimulación inadecuada o insuficiente. Por esta razón, es importante considerar el papel del amor y la relación de pareja dentro de la sexualidad y la satisfacción. En esta investigación se abordará este tema desde la

Teoría Triangular del Amor. Esta teoría fue desarrollada por Robert Sternberg (1986; 1999) y postula que el amor está compuesto por tres elementos: la intimidad, la pasión y la decisión/compromiso. La intimidad se refiere al elemento emocional, que implica sentimientos de cercanía, confianza y unión en las relaciones amorosas. La pasión es en gran medida la expresión de los deseos y necesidades, tales como necesidades de autoestima, entrega, pertenencia, sumisión y satisfacción sexual. Y finalmente el componente decisión/compromiso se define como el elemento cognitivo, e implica, primero, la decisión de amar a alguien y, después, el compromiso de mantener ese amor a lo largo del tiempo.

En cuanto a la relación de pareja, es importante señalar que el estado marital desempeña un papel relevante, ya que el matrimonio o relaciones formales promueven en mayor medida la satisfacción sexual. Sin embargo, esto sigue siendo un tema controversial en las investigaciones.

Dentro de los aspectos propios de la persona que pueden estar influyendo en la satisfacción sexual está la imagen corporal. Peter (citado en Young, Morris, Penhollow, Knickerbocker & Turner, 2005) explica que la imagen corporal es un elemento significativo y vaticinador de la satisfacción sexual. Además, se ha encontrado que las mujeres con una imagen corporal negativa reportan niveles más bajos de satisfacción sexual, comparadas con aquellas que reportan una imagen corporal favorable.

De acuerdo con Dolto (1986), la imagen corporal es propia de cada uno, está ligada al sujeto, a su historia y permite la comunicación y contacto con el otro. Thomas F. Cash (2000) define la imagen corporal como las actitudes que uno tiene hacia el cuerpo y la apariencia física; estas actitudes incluyen componentes evaluativos, cognitivos y conductuales. La evaluación de la apariencia da como resultado la satisfacción o insatisfacción del cuerpo.

Al igual que la sexualidad, la imagen del cuerpo se desarrolla a lo largo de la vida. Las percepciones y actitudes en torno a la apariencia física dependen de un desarrollo psicológico saludable, de la relación emocional de los padres con el hijo y de las influencias socioculturales circundantes a la persona.

Diversos estudios (Greenberg, Bruess & Haffner, 2000; Weaver & Bryers, 2006; Cash, Maikkula & Yamamiya, 2004; Schooler & Ward, 2006;) muestran que la imagen

del cuerpo y el funcionamiento sexual están íntimamente ligados. Greenberg, Bruess y Haffner (2000) explican que las personas con una imagen corporal favorable son más propensas a abrirse a la expresión sexual y a mostrar sus cuerpos; por el contrario, aquellos con una imagen negativa de sus cuerpos pueden estar tan preocupados con su imagen corporal que son incapaces de experimentar placer sexual e intimidad. Por otro lado, Castelo-Branco (2005) afirma que las personas que son incapaces de tener una relación sexual satisfactoria con frecuencia presentan deficiencias emocionales como: inseguridad personal, problemas de autoestima, la no aceptación del propio cuerpo y educación sexual contradictoria.

De acuerdo con la revisión bibliográfica realizada y con la carencia de investigaciones que aborden el estudio de la satisfacción sexual, el amor y la evaluación del cuerpo de forma simultánea, se hace evidente la necesidad de analizar estos temas. Por lo que este trabajo tiene como objetivo principal estudiar la relación que existe entre la satisfacción sexual, la evaluación de la imagen corporal y los componentes del amor (intimidad, pasión y compromiso) en las mujeres. Asimismo se pretende estudiar las diferencias que existen entre un grupo de mujeres solteras y otro grupo de mujeres casadas, respecto a la satisfacción sexual, imagen corporal y los componentes del amor.

2. Sexualidad, Satisfacción y Amor

2.1 Sexualidad Humana

El término sexualidad es un concepto ambiguo debido a su amplitud y a los diferentes usos y significados que se le han dado. Es difícil de comprender si se le reduce a una conducta, ya que es un fenómeno en el cual convergen diversos aspectos del ser humano. La sexualidad está constituida tanto por factores genéticos, biológicos, de personalidad y sociales; ya que ésta es una experiencia personal e intransferible como parte constitutiva de la subjetividad humana, que ha sido retomada y reorganizada en función de las necesidades de un sistema cultural normativizado y consensuado socialmente, generando múltiples contradicciones entre el deseo individual y la exigencia social de los roles definidos por un sistema ideológico representacional (Flores, 1996, citado en Valdés, 2003). Es preciso señalar que la sexualidad humana representa una dimensión de la persona y que en consecuencia, afecta al hombre en la totalidad de su ser y comportamiento (González, 1986).

La sexualidad es un aspecto de la persona que se refiere a los pensamientos, acciones y orientaciones eróticos (Shaffer, 2000); además alude a todos los aspectos eróticos de la vida y del ser social, como los deseos, prácticas, relaciones e identidades (Stevi, 2006). La sexualidad humana, ya sea femenina o masculina, es un fenómeno que se constituye a partir del sexo genético y biológico, de las expectativas culturales, de las influencias sociales y las experiencias de la infancia y vida adulta que constituyen el sentimiento de ser humano como hombre o mujer.

Si bien la sexualidad tiene fuertes componentes biológicos ésta no puede ser reducida a un instinto ya que es un fenómeno que es consecuencia de la subjetividad individual, que va más allá de la genitalidad y, además, es variable en su fin y expresión individual y cultural. González (1986) explica que la sexualidad es un impulso o tendencia puesto que su fuente somática de excitación no es solamente el aparato genital, el objeto del impulso sexual no es siempre la persona del sexo opuesto, su fin suele ser diferente para cada persona y el hombre puede demorar la descarga del impulso sexual. En este sentido la sexualidad es una necesidad que surge del interior del hombre y que se correlaciona con el medio ambiente, es decir resulta de un aprendizaje adquirido en el contacto con los demás seres humanos.

Chiarelli (citado en Valdés, 2003) explica que la formación de la sexualidad comienza con el nacimiento, en donde primero se interiorizan imágenes y sensaciones; posteriormente se va enriqueciendo con la adquisición del lenguaje, los juegos y las fantasías. En la adolescencia se alcanza la capacidad de realización total de la sexualidad cuando surge la posibilidad de la relación con el otro en un coito completo. Siendo de esta forma el coito la culminación del desarrollo de la sexualidad. Dejando en claro que una vez lograda esta maduración, la sexualidad no se reduce únicamente a esto e implica mucho más que un coito.

La sexualidad humana es más una cuestión de imaginación y fantasía que de biología, ya que, en ella no hay nada predeterminado (Kaplan, 1994). Es un entramado diverso y particular de prácticas, acciones, técnicas, placeres y deseos en los que interviene el cuerpo, pero también una serie de argumentaciones, discursos, premisas y significaciones que connotan las acciones de los individuos, califican sus deseos, orientan sus tendencias y restringen sus elecciones placenteras o amorosas (Rivas, 2002, citado en Valdés, 2003).

A este respecto, Kaplan (1994) explica que la sexualidad humana es polimorfa, es decir, puede asumir distintas formas; y que ese polimorfismo de la sexualidad hace de los humanos una especie animal con un potencial que permite una variedad de formas masculinas y femeninas independientemente del sexo biológico. Asimismo explica que la sexualidad surge de muchas fuentes corporales diferentes y que puede buscar satisfacción de muchos modos distintos y a través de cualquier órgano del cuerpo; además, se puede apegar a cualquier persona u objeto al que se enviste con deseo erótico. Sin duda a los seres humanos les resulta muy difícil reunir todos esos componentes de la sexualidad, todas esas posibilidades de satisfacción, y llegar a la normalidad del sexo genital con un compañero del sexo opuesto.

La sexualidad, con sus diferencias masculinas y femeninas, está relacionada a cuestiones sociales, culturales, históricas y de aprendizaje. Cuando se explica en términos de aprendizaje hay que considerar algunos de sus componentes como la conducta sexual manifiesta, actitudes respecto a ésta que determinan la experiencia y la afectividad implícita como el amor y la ternura. De acuerdo con Kaplan (1988) las actitudes son importantes ya que influyen en la capacidad de una persona para amar y

para gozar de una relación sexual. No obstante la sexualidad sólo es verdaderamente humana en el encuentro del hombre y la mujer (González, 1986). Si bien somos seres sexuados –femeninos y masculinos- y por esto podemos ser sexuales, la verdadera esencia como hombres y mujeres solo puede ser adquirida de forma holística a partir del encuentro sexual pleno con el otro. En el caso específico de la mujer, para que ésta sea capaz de experimentar placer, amor y ternura, y sea una mujer completa y plena en una relación, necesita de un hombre que la ame (Dolto, 1982). El placer sexual, la capacidad de expresar ternura y de experimentar amor son elementos muy importantes de la experiencia humana puesto que enriquece sobremanera la vida (Kaplan, 1988) y la experiencia humana de forma individual y en conjunto.

2.2 Sexualidad Femenina

Al igual que la sexualidad humana, el estudio de la sexualidad femenina está fraccionado y no existe una base conceptual que permita describir, explicar y predecir dicho fenómeno (Andersen & Cyranowski, 1995). Sin embargo, es evidente que la sexualidad adulta, en hombres y mujeres, no aparece de repente y es más bien el resultado final del largo y natural proceso de desarrollo que se inicia con el nacimiento (Kaplan, 1988). Algunos psicoanalistas sugieren que la sexualidad comienza a esbozarse durante la gestación, pues es ahí donde comienza a formarse la personalidad y los recursos psíquicos para soportar el promedio de pruebas críticas que sobrevienen a la especie humana; explican que el feto es influenciado por las condiciones físicas, psíquicas-emocionales y sociales de la madre, el padre o ambos (González, 1986; Dolto, 1982).

De cualquier manera, sea o no aceptada la postura psicoanalítica, es claro que la sexualidad, desde cualquiera de sus esferas, comienza a desarrollarse a edades tempranas y tiene efectos duraderos en la totalidad, el comportamiento y la salud psíquica de la persona. Por ejemplo, Eysenck (citado en Andersen & Cyranowski, 1995), utilizando su modelo de los tres factores de la personalidad P-E-N (psicoticismo, extraversión y neuroticismo) mostró que la personalidad y algunas variables sexuales estaban relacionadas. Asimismo se encontró que las características negativas del

neuroticismo, como la ansiedad, la culpa y auto-consciencia, podían inhibir la expresión sexual.

De igual forma en la que la sexualidad humana trasciende la genitalidad, la sexualidad femenina va más allá de poseer un par de cromosomas XX, secretar mayor cantidad de estrógenos y tener órganos sexuales femeninos. Sin embargo, esto no deja de lado la influencia de la anatomía femenina en el modo de vivenciar la sexualidad. Es sabido que la distinta anatomía de la mujer en comparación con la del hombre tiene repercusiones en el plano psíquico. La mujer siente su sexualidad de manera difusa, en todo su cuerpo, de ahí que viva en continua preocupación por éste. Se cree que lo anterior tiene sus causas en la forma de sus genitales, ya que estos están más ocultos, son internos, están entremezclados con todo el resto del cuerpo (Valdés, 2003).

Además de los aspectos genéticos, biológicos y fisiológicos, el ser mujer ésta relacionado, sobretodo, con la interacción social que la cultura a la cual se pertenece determina. De acuerdo con González de Chávez Fernández (1998) la identidad femenina esta construida por discursos sociales, mitos, religiones, rituales y explicaciones científicas.

Por lo tanto, hablar de la sexualidad femenina implica indagar en aspectos fisiológicos, socio-culturales y sobretodo en el sentimiento y la valorización de ser mujer, que se adquiere a partir de vínculos afectivos significativos. La sexualidad femenina debe comprenderse desde una perspectiva amplia e integradora, que incluya las áreas fisiológicas, cognitivas, afectivas y socioculturales de la mujer. De acuerdo con lo anterior, el concepto de sexualidad femenina tiene un sentido profundo, que implica asumirse y valorarse desde la propia y auténtica feminidad en la interacción (sana) con uno mismo y los otros.

La psicoanalista post-freudiana Françoise Dolto (1982), quien consagró parte de su carrera al estudio de la mujer, explica en su libro “Sexualidad Femenina: Libido, Erotismo y Frigidez” que la sexualidad femenina es un proceso en constante construcción cuyos cimientos se establecen antes de la pubertad. Asimismo expone que la salud emocional y sexual ulterior de la niña dependerá en los primeros años del recibimiento, de la plena aceptación que los padres tengan de haber concebido una

niña, así como de la relación que ésta tenga principalmente con la madre así como con el padre (Dolto, 1982).

Los primeros años de vida no son los únicos que impactan el desarrollo de la sexualidad femenina, más bien imponen las primeras pruebas para la conformación de ésta, ya que el primer coito y posteriores experiencias sexuales contribuirán su estructuración. Además será necesario que la niña adquiera la certeza de que fue deseada como nena por su padre, y como tal, a imagen de su madre; esta certeza ayudará a que la niña acepte sus características sexuales de mujer, es decir, sus genitales externos (Dolto, 1982). Sin embargo, Gómez y Suárez (citados en Valdés, 2003) explican que la mujer mexicana es socializada en un patrón de madre que, entre otras cosas se caracteriza por la entrega absoluta a los hijos y el compañero, la abnegación que es renuncia sin protesta, sin exigencia, el olvido de sí misma, la autonulificación y la servidumbre extrema, que incluye la servidumbre sexual, en donde el placer está vedado para ella según el código moral judeocristiano.

La educación que la niña reciba también será determinante en su vida sexual y emocional ulterior. Dolto (1982) explica que si la niña es educada por una mujer que no es frígida, que es maternal y está sexualmente satisfecha por un hombre de comportamiento paternal con la hija, todo está en su sitio para la constitución en la niña de un comportamiento emocional femenino poderoso y de un comportamiento sexual futuro no frígido. Lo anterior permite que se constituyan en la niña las bases para experimentar, en la vida adulta, placer genital, amor y ternura y con esto llegar a una plenitud sexual. No obstante, en México, la mujer se acerca con miedo a la sexualidad, ya que desde niña los “no” son interminables: no te toques, que no te toquen, no preguntes, cállate. Desde que es pequeña se le remarcan un sin fin de prejuicios y las instituciones sociales, incluidas la familia, hacen de la mujer un ser asexuado y pasivo (Valdés, 2003).

Del mismo modo, las representaciones cognitivas de la sexualidad juegan un papel preponderante en la comprensión de la sexualidad femenina. Dichas representaciones se refieren a las percepciones de la propia sexualidad y se derivan de experiencias pasadas (Andersen & Cyranowski, 1994). Se ha encontrado que las mujeres que tienen un esquema sexual positivo se perciben como emocionalmente

románticas o pasionales, y conductualmente más abiertas a relaciones y experiencias románticas y sexuales (Andersen & Cyranowski, 1995). Por el contrario, las mujeres con una percepción negativa de su sexualidad tienden a describirse como emocionalmente frías o no románticas y se comportan inhibidas en sus relaciones sexuales y románticas.

En torno al desarrollo de la sexualidad y de acuerdo con Kaplan (1994), nadie crece con un sentido de la feminidad o la masculinidad claramente delimitado, es decir, la identidad genérica de una persona es siempre conflictiva en algún grado. Lo anterior es en gran parte cierto, principalmente para la mujer, si se considera que la sexualidad femenina ha sido severamente controlada y reprimida a lo largo de la historia. Si bien es la madre quien enviste a la hija, también ella puede transmitirle sus miedos inconscientes acerca de su cuerpo y su sexualidad. Ya que esa madre es, en parte, producto de una cultura que reprime o niega el cuerpo femenino, sus vivencias y la sitúa en un rol “ideal femenino” de sumisión, pasividad, falta de ambición e inteligencia, carencia de deseos sexuales, pureza e impotencia (González de Chávez Fernández, 1998; Kaplan, 1994).

Al hablar de sexualidad humana es imposible dejar a un lado temas referentes a la identidad genérica, ya que la sexualidad humana depende en gran parte de los roles genéricos femeninos y masculinos asignados socialmente tanto a hombres como a mujeres.

2.3 El sentido de la Feminidad en la post-modernidad

De acuerdo con Díaz-Guerrero (citado en Rocha-Sánchez & Díaz-Loving, 2005) todos los procesos de vida, son procesos culturales y todas las personas son seres de cultura, aprenden cultura, generan cultura y viven a través de la cultura. De esta forma, ser hombre o ser mujer, tiene algo de natural, empero, más bien es resultado de todo un proceso psicológico, social y cultural, a través del cual cada persona se asume como perteneciente a un género, en función de lo que cada cultura establece.

El género es un elemento constitutivo de las relaciones sociales, está basado en las diferencias percibidas entre los sexos, y se refiere a un sistema de significados producidos y basados en los roles sociales de la mujer y el hombre (Rasera, Vieira &

Japur, 2004). Asimismo, dichos significados generan normas, reglas, expectativas y cosmovisiones específicas para cada género, e invitan a ciertos comportamientos en las relaciones interpersonales. Los roles de género, cristalizados en los ideales de masculinidad y feminidad, son reforzados y socializados permanentemente, y es por esto que se sienten como universales y no como expresión de posibilidades humanas (Valdés, 2003).

A gran escala se puede decir que los estereotipos de género tienen un carácter prescriptivo y otro descriptivo (Rocha-Sánchez & Díaz-Loving, 2005). Son de carácter prescriptivo ya que determinan lo que debería ser la conducta de mujeres y hombres. Y descriptivo pues se asume que hombres y mujeres poseen características de personalidad diferenciales.

El término feminidad hace referencia a las cualidades de la mujer. Este concepto no es fácil de definir puesto que varía de acuerdo a la cultura y la condición económica y política circundante, el tiempo socio-histórico y elementos psíquicos de la persona. No obstante, existen características que distinguen lo femenino de lo masculino; éstas surgen de la división de labores a lo largo de la evolución del ser humano. De acuerdo con Kaplan (1994) no tienen nada que ver con la biología ni con designios sagrados, tienen una función adaptativa y cambian a lo largo de tiempo. Por ejemplo en los grupos nómadas las mujeres se dedicaban a la crianza y recolección de frutas y legumbres mientras que los hombres cazaban para conseguir alimento y pieles animales para vestir, lo cual ayudaba a la sobrevivencia y organización del grupo y además aseguraba el necesario cuidado y protección del infante humano durante su lento desarrollo.

Barry, Bacon y Child (citado en Díaz-Loving, Rivera & Sánchez, 2001) explican que la diferencias entre hombres y mujeres están dadas por los diferentes procesos de socialización que a su vez están vinculados a las demandas económicas y adaptativas de la sociedad; estos procesos persisten aun cuando las necesidades económicas o adaptativas hayan desaparecido. De esta manera se ejercen presiones sobre los niños hacia el logro y a valerse por sí mismos, mientras que se presiona a las niñas para que sean obedientes y desarrollen los talentos necesarios para la crianza (Díaz-Loving, Rivera & Sánchez, 2001).

El concepto de lo que implica ser mujer comenzó a cambiar a principios del siglo XX. Éste cambió con varios movimientos feministas, que según Gross (citado en Stainton & Stainton, 2001) uno de ellos está basado en la equidad y otro en la autonomía. A grandes rasgos el primer movimiento estaba concentrado en mejorar las condiciones materiales en la vida de las mujeres y promover sus derechos civiles, económicos, legales y políticos (Stainton & Stainton, 2001). La segunda oleada feminista, surgió alrededor de 1960, y estaba interesada en la reproducción, sexualidad, relaciones interpersonales e identidad femenina. Los propósitos de esta segunda fase estaban enfocados principalmente en: 1) los derechos de la mujer sobre su propio cuerpo en términos de contracepción y aborto, 2) el disfrute de su propia sexualidad en vez de simplemente servir las demandas sexuales del hombre, 3) los efectos del estereotipo sexual y de género y las limitaciones que esto traía a sus actividades y oportunidades, y 4) la objetivización de los cuerpos de las mujeres, por ejemplo la forma en la que la publicidad y arte convertían su cuerpo en objeto de deseo, y la pornografía en objeto de humillación y disgusto (Stainton & Stainton, 2001).

La segunda oleada feminista trajo consigo diversos cambios sociales así como teóricos en cuanto al estudio del hombre en general y la mujer en particular. Unas de las permutaciones más interesantes corresponden a las nuevas versiones de la teoría psicoanalítica y la psicología de la mujer. Por ejemplo, Lacan (citado en Stainton & Stainton, 2001) reconceptualizó la explicación de las fuerzas psicodinámicas, propuestas por Freud, y postuló que estas fuerzas están fundadas y mediadas por la cultura y ordenes de significado; además explica que esos ordenes influyen como los individuos construyen, experimentan y actúan su identidad y sexualidad. El trabajo de Lacan es extenso y complejo, sin duda esta idea central en su trabajo pone de manifiesto la importancia de hablar sobre la feminidad del siglo XXI y sobre cómo esta se ha transformado y repercute en la forma de vinculación hombre-mujer.

Wilkinson (citado en Stainton & Stainton, 2001) describe que los valores a los que las mujeres de ahora aspiran son la androginia, el riesgo, la excitación y el hedonismo; y los que por el contrario rechazan son la autoridad, códigos morales sobre el bien y el mal, el énfasis en la seguridad financiera y el puritanismo del pasado. Es probable que en México esto sea verdadero sólo en cierta medida debido al tipo de

cultura y sus valores, dado que ya desde el mundo prehispánico, a la mujer se le recomienda recato, discreción, castidad y evasión frente a lo sexual (Ponce, 1992, citado en Valdés, 2003). No obstante, Rocha-Sánchez y Díaz-Loving (2005) encontraron que los cambios en cuanto a los estereotipos de género se están dando únicamente en las personas con un nivel educativo elevado.

La feminidad en México es definida como un conjunto de rasgos expresivos, más típicos en mujeres y que están orientados a las actividades afectivas y de relaciones, el cuidado de los hijos, del hogar y la pareja. Entre ellos se encuentran el ser emocional, sensible, amable, tierna, cariñosa, tranquila, cálida, amorosa, servil, romántica, educada, dulce, maternal, compasiva, piadosa, sentimental, noble, leal, fiel, considerada, sutil, paciente, acomodada complaciente, consentidora, comunicativa, abnegada, ingenua, miedosa, sumisa, preocupada, chillona, quejumbrosa y chismosa. Mientras que la masculinidad está expresada en función de rasgos instrumentales orientados a metas, producción, manutención y provisión de la familia, y son más típicos de los hombres; en los cuales se incluye ser atrevido, competitivo, determinado, autosuficiente, arriesgado, ambicioso, represivo, corrupto, hosco, agresivo, violento, rudo, tosco, patán y desatento (Díaz-Loving, Rivera, Sánchez, 2001; Rocha-Sánchez & Díaz-Loving, 2005).

Si bien se constata un mantenimiento de la tradición que inculca en los hombres características instrumentales y en las mujeres características expresivas, se perciben ya, indicios de la liberación y empoderamiento de la mujer, al indicar, que ellas son más trabajadoras, responsables y ordenadas, atributos instrumentales que en el pasado correspondían a los hombres (Díaz-Loving, Rivera & Sánchez, 2001). Esto se puede explicar debido al efecto de la inserción de la mujer en el ámbito laboral y como el producto de las luchas encaminadas a redefinir su papel en la sociedad.

Sin embargo, la fémina post-moderna sigue el patrón tradicional en cuanto a la expresividad, afectividad y la responsabilidad que ella tiene en cuanto al bienestar de los otros (Díaz-Loving, Rivera & Sánchez, 2001). Es esencial subrayar, con precaución, la influencia socioeconómica y educativa en torno a la construcción de la feminidad, ya que la mujer inteligente, femenina, discreta, elegante, sensual y apasionada corresponde a una clase elevada y preparada, es decir, de los ricos; mientras que los

pobres e incultos las prefieren más hogareñas, abnegadas, limpias, hermosas y castas (Valdés, 2003). Dicha afirmación debe analizarse con sumo cuidado, ya que también hay círculos sociales elevados que prefieren mujeres tradicionales.

Todos los procesos que han hecho posible el cambio de la feminidad-tradicional a la feminidad-androginizada han repercutido sin duda en muchos aspectos del ser mujer, ser hombre y ser pareja. Estos cambios han sido útiles pues han enfatizado el valor de la mujer como ser humano, han permitido relaciones equitativas y una sexualidad físicamente menos represiva. Existen opiniones contrarias respecto a estos cambios, algunos autores (Coward, 1984; Debold, Wilson & Malave, 1993, citados en González de Chávez Fernández, 1998) afirman que la situación no ha cambiado nada, ya que la insatisfacción y miseria sexual siguen persistiendo y las mujeres siguen conservando muchos de los temores e inhibiciones de cara a una libre expresión de su sexualidad.

Lo anterior, puede considerarse como una postura extremadamente radical y bastante cuestionable, ya que los cambios en el estilo de vida de la mujer después de los diversos movimientos feministas son, en la superficie, evidentes, no obstante dicha postura merece ser considerada. De igual forma, es probable que este cambio haya demeritado la relación de pareja, ya que se han reprimido la afectividad en la sexualidad y han debilitado otros elementos importantes dentro de una relación como el amor maduro.

Wilkinson (citado en Stainton & Stainton, 2001) afirma que las jóvenes profesionistas están menos interesadas en tener a un hombre en sus vidas y un bebé como vía para la satisfacción. Anteriormente un matrimonio era sinónimo de lealtad, respeto mutuo, entendimiento y tolerancia; ahora se percibe como amor romántico y lo que se valora es la intimidad emocional, afección mutua y la satisfacción sexual (Stainton & Stainton, 2001).

Quizás una de las preguntas que puede surgir respecto al cambio ideológico sobre el matrimonio es ¿Cómo este cambio afecta la relación de pareja? A corto plazo y bajo buenas circunstancias parece no afectar, pero si consideramos la Teoría del Amor Triangular es claro que este tipo de amor romántico basado en la intimidad y

pasión no corresponde a una pareja duradera y sí define a una relación endeble por falta de compromiso (Stenberg, 1986; Janda, 1998).

El estilo de vida de la mujer del siglo XXI abre muchas puertas para que ésta pueda estar más segura de experimentar el goce sexual con su pareja. La fácil accesibilidad a los métodos anticonceptivos elimina un obstáculo para disfrutar el acto sexual. No obstante este siglo y sus transformaciones socioculturales en cuanto al género y la sexualidad también representa grandes retos pues se entiende como un acto meramente físico y mecanizado. Un fenómeno social que ha impactado fuertemente la vida social, laboral, afectiva y sexual de las mujeres es la llamada revolución sexual. Muchos investigadores han llegado a la conclusión de que las actitudes sexuales de las mujeres después de 1960 se han vuelto más liberales y permisivas (Wells & Twenge, 2005).

Lo anterior, lejos de traer una verdadera liberación sexual, simplemente, ha acentuado la reducción de la sexualidad al mero hecho de poner en contacto los genitales de uno con aquellos de alguien del sexo opuesto (González, 1986). La genitalización del sexo así como el énfasis del discurso erotológico en técnicas de entrenamiento han reducido la sexualidad masculina y femenina a sólo una de las numerosas condiciones para que sea plena; asimismo, ha limitado la comprensión de lo que es la relación entre los seres humanos y ha reprimido la afectividad (Dolto, 1982; González, 1986). De igual forma, la supuesta liberación sexual continúa manteniendo en sus raíces los viejos estereotipos genéricos de dominancia y sumisión (Kaplan, 1994).

La concepción de identidad femenina, pese a los grandes esfuerzos, no ha sido sustituida por un modelo más saludable y propio de la mujer. El modelo de feminidad, aunque más libre que antes, sigue basado en sentimientos de inadecuación e inseguridad. La mujer actual, si bien tiene más derechos y menos restricciones, continúa suprimiendo sus necesidades. Anteriormente las necesidades aniquiladas giraban en torno a la sexualidad, actualmente se mueven en torno al cuerpo, la delgadez y la comida (González de Chávez Fernández, 1998). La mujer para alcanzar un estereotipo primitivo de la feminidad, para poder adaptarse a los modelos sociales

imperantes y ser aceptada y digna de ser amada continúa suprimiendo sus necesidades afectivas y físicas.

Un cambio auténtico en la concepción sana de la feminidad será posible cuando las mujeres sean capaces de ser fieles a sí mismas y a sus poderes; cuando logren asumirse y valorarse como mujeres, y puedan expresar y explorar la totalidad de su sexualidad, sus ambiciones, sus capacidades emocionales e intelectuales, sus deberes sociales y sus tiernas virtudes; y sobre todo cuando sean capaces de trascender la dicotomía genérica de amo-esclavo y sumisión-dominancia (Dolto, 1982; Kaplan, 1994).

2.4 Satisfacción sexual

A lo largo de los años, la satisfacción sexual ha sido definida a partir de diversos constructos, tales como: la frecuencia del coito, los orgasmos, la evaluación placentera del acto sexual (Perlman & Abramson, 1982), el deseo por el acto sexual, los niveles de excitabilidad, la asertividad sexual, la cercanía en la relación (Hurlbert, Apt & Rabehl, 1993), técnicas sexuales versátiles, actitudes sexuales no conservadoras (Haavio-Mannila & Kontula, 1997), la expresión afectiva, la satisfacción con la relación, el amor, la intimidad y el compromiso (Cupach & Comstock, 1990; Sprecher, 2002). Algunas disquisiciones presentar dificultades, ya que existen diferencias conceptuales entre los constructos; tal es el caso particular de la consistencia y frecuencia orgásmica. Del mismo modo que la sexualidad, el concepto de satisfacción sexual no tiene una base teórica y empírica consistente. Ya que es definida y evaluada de diversas formas, y en consecuencia los hallazgos empíricos son contradictorios.

Respecto a las definiciones, y considerando la teoría del intercambio social, la satisfacción sexual representa un balance favorable de recompensas y costos en el aspecto sexual de la relación (Sprecher, 2002). Por otro lado, Young, Luquis, Denny & Young (1998) describen la satisfacción sexual como una respuesta afectiva que surge de la evaluación subjetiva de las dimensiones positivas y negativas asociadas a la propia relación sexual. Además Young, Penhollow, Knickerbocker y Turner (2005) explican que el disfrute de la vida sexual varía, pues la satisfacción sexual puede estar relacionada a experiencias previas, expectativas actuales e intenciones futuras.

No obstante, la definición más completa sobre satisfacción sexual, explica que ello es llevar a cabo una relación sexual junto con la pareja con amor, espontaneidad y respeto mutuo, en donde exista una entrega total por parte de ambos miembros desde el principio hasta el final de la unión con plena libertad en el acto sexual, teniendo como resultado final un sentimiento de plenitud y placer (Lechuga, 2000).

La satisfacción sexual en la mujer tiene que ver con haber alcanzado un desarrollo óptimo de su sexualidad y de su feminidad a lo largo de su desarrollo. En especial dependerá de la valía adquirida del ser mujer, de la capacidad de experimentar placer genital, compartir ternura con su pareja y de sentirse amada y de amar. Lo cual es congruente con lo que un estudio reciente hecho en Chile mostró; ya que estar enamorado y tener una pareja estable son variables importantes para la satisfacción sexual (Barrientos & Paez, 2006). Es importante comprender que la satisfacción sexual no es algo que se da de forma individual, es más bien el resultado de una interacción humana entre cuerpos y estados afectivos.

Si bien el desarrollo de la sexualidad femenina forma las bases para la vida sexual adulta de la mujer, la experiencia del primer coito también determina en cierto sentido la forma en que se experimenta la sexualidad y la plenitud. La satisfacción en el acto sexual dependerá tanto del bienestar integral de la mujer así como de las habilidades y técnicas de su amante. Por lo que cabe mencionar otra definición de satisfacción sexual dada por Álvarez-Gayou (citado por Valdés, 2003) en donde señala que ésta es la evaluación subjetiva de la actitud de contentamiento que resulta de determinadas conductas sexuales propias de la pareja. A esto se puede agregar que para lograr una completa y satisfactoria vida sexual, tanto hombres como mujeres, necesitan autoconocimiento, opciones, técnica, honestidad y amor.

Un elemento sumamente importante dentro del contentamiento sexual es el lenguaje, ya que de éste dependerá el valor del acto y de las personas mismas. Dolto (1982) explica que el hombre tiene como misión asegurar la seducción y feminidad de la mujer durante el acto sexual a partir de palabras de amor; con el objetivo de situar a la mujer como sujeto de su amor y no como objeto de placer. No obstante la valorización de la mujer y la pareja, durante el acto sexual que dará pie a la satisfacción sexual orgásmica y plena, dependerá también de juegos preliminares, palabras de

ternura, sin las cuales parece que sólo hay una motivación por el coito, y de la expresión del amor mutuo y del placer que él siente al coexistir con ella (Dolto, 1982). En general, la comunicación influye de forma positiva en la satisfacción sexual. Gray, Hieman y LoPiccolo (citados en Lechuga, 2000) explican que la pareja sexualmente satisfecha es aquella que ha desarrollado sus propios hábitos y gustos, se guía por sus intereses y permite todo lo que a ambos les estimule; y que para lograr la satisfacción sexual, la pareja necesita formas apropiadas de hablar y comunicarse. Asimismo, el grado de satisfacción sexual depende de la habilidad de cada miembro de la pareja para poder pedir y describir lo que es, personalmente, más satisfactorio.

La satisfacción sexual es una experiencia que también engloba otros aspectos de la persona y de sus interacciones con el otro. En cuanto a la persona, se ha encontrado que el auto-concepto sexual y la motivación de aproximación sexual están asociados con una mejor experiencia sexual y con la satisfacción sexual de mujeres adolescentes (Impett & Tolman, 2006). El historial sexual de la persona es de igual forma relevante, ya que, en una encuesta en Finlandia, se encontró que, para las mujeres, la edad joven y el comienzo temprano de la vida sexual se correlaciona con una mayor capacidad para disfrutar del sexo. Además explican que la insatisfacción sexual de la mujer está relacionada al comienzo tardío de la vida sexual, actitudes conservadoras, poca importancia dada a la sexualidad, carencia de asertividad sexual y el uso restringido de técnicas sexuales (Haavio-Mannila & Kontula, 1997). Es importante analizar los resultados anteriores con precaución, ya que el estilo de vida y cultura de dicho país difiere de la cultura mexicana, sin embargo, nos revelan la importancia de la historia sexual propia de la mujer, actitudes en torno al sexo y el valor de la comunicación.

Otros estudios también han mostrado que la insatisfacción está asociada con estilos de apego inseguro e inhibición de la comunicación de necesidades sexuales (Davis, Shaver, Widaman, Vernon, Follette & Beitz, 2006). La insatisfacción sexual se define como el sentimiento de frustración que experimenta el individuo que no logra disfrutar por completo del placer y del orgasmo; sus causas son múltiples, la más frecuente tiene su origen en la falta de afecto o desavenencias entre la pareja y la estimulación inadecuada o insuficiente (Castelo-Branco, 2005).

En un estudio realizado por Jurgenson, Espinosa y Millán (2005), en una población mexicana, se encontró que la satisfacción sexual está relacionada con el amor y la comunicación; lo que pone de manifiesto los aspectos emocionales del sexo. Tanto hombres como mujeres le dieron importancia a aspectos vinculados con el afecto, tales como el cuidado, la ternura, y dar menos importancia a aspectos físicos del placer erótico y orgasmo. Lechuga (2000) explica que quienes encuentran más satisfacción son aquellos que ponen su atención en el proceso de la relación sexual, compartir, dar y recibir placer mutuo.

Jurgenson et al. (2005), también, encontraron que la insatisfacción sexual se acrecienta conforme aumenta el tiempo de vivir con una pareja. Esto tal vez se deba a la relación entre la frecuencia de la sexualidad matrimonial y la satisfacción sexual, ya que si desciende la frecuencia disminuye la satisfacción (Lechuga, 2000). De modo análogo Pick de Weiss, Díaz-Loving y Andrade Palos (citado en Lechuga 2000) encontraron que entre más tiempo de casados, las parejas tienen menos relaciones sexuales y presentan menor interés en tenerlas. En términos generales encontraron un decremento en la satisfacción en la relación con el paso del tiempo.

Sin embargo, lo anterior es cuestionable, ya que otros autores han hecho contribuciones antitéticas. Lo cual manifiesta la evidente necesidad de estudiar la evolución e involución de la satisfacción sexual en las relaciones de pareja a lo largo del tiempo y en función de otras variables (como la edad de los participantes, su salud psicológica, la pasión y actitudes sexuales de los miembros) que permitan conciliar las contradicciones hasta ahora encontradas.

Laumann (citado en Pedersen & Blekesaune, 2003) explica que el matrimonio produce la mayor satisfacción y placer, pues en una relación duradera y comprometida existe una mayor motivación para aprender lo que le gusta, le desagrada, frustra o funciona sexualmente a la pareja. Además se ha encontrado que para la mujer sí influye el estado marital o el nivel de compromiso de la pareja. Pedersen y Blekesaune (2003) describen que las mujeres sexualmente activas y no comprometidas en una relación sexual están sexualmente menos satisfechas, que aquellas que están comprometidas o en una relación duradera.

Saber si el estado marital, casada o soltera, determina la satisfacción sexual es complejo, ya que no existe una relación directa entre ambos, pues la relación entre la satisfacción sexual y estado marital está mediada, principalmente, por el bienestar psicológico de los miembros y la calidad en la relación de pareja, que a su vez incluye aspectos como la intimidad, la cantidad de demostraciones afectivas, amor y satisfacción con la relación (Young, Luquis, Denny, & Young, 1998). Sin embargo, la evidencia científica muestra que las parejas que llevan largo tiempo juntas y los matrimonios experimentan mayores niveles de intimidad y satisfacción en la relación (Moore, McCabe & Brink, 2001). Asimismo, se ha sugerido que el compromiso emocional y la exclusividad sexual, comunes al matrimonio o relaciones formales, están asociados a la satisfacción sexual (Pedersen & Blekesaune, 2003).

Se ha encontrado que la satisfacción sexual, para las mujeres casadas, está asociada con: la satisfacción general con el matrimonio; aspectos no sexuales de la relación, es decir, indicadores de la calidad en la relación de pareja; y aspectos físicos del sexo, como la frecuencia de orgasmos, la frecuencia de la actividad sexual, y la desinhibición sexual, es decir, que la pareja participe y disfrute de una amplia variedad de actividades sexuales (Young et al., 1998).

Muchos estudios han mostrado una asociación entre la satisfacción sexual y la satisfacción con el matrimonio, mientras que, son menos las investigaciones que examinan esta analogía en relaciones pre-maritales. Sin embargo, se ha recolectado información similar, dado que la satisfacción sexual, en hombres y mujeres, esta asociada de forma positiva con la satisfacción en la relación, amor y compromiso (Sprecher, 2002).

Respecto a las relaciones de pareja, Bryers y Mcneil (2006) hallaron que la satisfacción sexual está influenciada por la historia sexual de recompensas y costos y que la insatisfacción sexual esta vinculada a intercambios sexuales poco favorables. Sprecher (2002) explica que los intercambios sexuales positivos y balanceados están, al mismo tiempo, asociados con el amor, la satisfacción con la relación y el compromiso. Por otro lado, Cupach y Comstock (1990) exponen que la satisfacción sexual esta relacionada con la comunicación sexual, la expresión del afecto y el ajuste de la pareja.

El acto sexual, por si mismo, no es garantía de gozo sexual en la mujer ni tampoco lo son los orgasmos. Los orgasmos pueden ofrecer tanto a hombres como mujeres experiencias corporales placenteras más nunca un gozo autentico por si mismos. Kaplan (citado en Valdés, 2003) comenta que el placer y el orgasmo no son sinónimos, pues se puede obtener el primero aunque no se llegue al segundo. Esta débil o inexistente relación entre orgasmos, frecuencia y satisfacción fue descrita por Pearlman y Abramson (1982); sin embargo Barrientos et al. (2006) corroboraron esto al reportar que las variables típicamente usadas para medir la satisfacción sexual, como son la frecuencia del intercambio sexual y el orgasmo, muestran únicamente una pequeña asociación positiva. La satisfacción sexual tiene que ver con una conexión íntima emocional, el amor en la pareja, buena comunicación, confianza y satisfacción en la relación. Lo anterior es cierto en especial para la mujer ya que es ella quien enfatiza más que el hombre en los aspectos interpersonales de la sexualidad (Kedde & Van Berlo, 2006). De forma similar Hurlbert, Apt y Rabehl (1993) encontraron que los elementos que podrían predecir la satisfacción sexual en mujeres casadas eran la asertividad sexual, la erotofilia y la cercanía de la relación, más que la frecuencia de la actividad sexual, el numero de orgasmos y el deseo por la actividad sexual.

Barrientos y Páez (2006) explican que la capacidad de disfrute de la relación sexual, en la mujer pero no en el hombre, está al mismo tiempo relacionada con variables psicosociales como el alto nivel de educación, estado marital y estatus socioeconómico elevado. Sin embargo, estos resultados pueden ser poco confiables ya que la satisfacción sexual se evaluó utilizando una sola pregunta. Es probable que los resultados muestren más los prejuicios en torno a las diferencias de género y modo de vivenciar la sexualidad, que relaciones válidas entre las variables. De hecho, en un estudio llevado a cabo en México, en donde participaron 77 mujeres y 127 hombres, se encontró que los participantes con altos grados escolares tuvieron puntuaciones mayores de satisfacción sexual (Jurgenson, Espinosa & Millán, 2005).

Considerando los resultados científicos antes mencionados, es evidente que la sexualidad, expresada en la satisfacción sexual, es una dimensión compleja de la subjetividad individual. Además tiene que ver con ser capaz de experimentar placer genital y expresar amor y ternura en una relación humana. McCary (1983) explica que

una relación sexual se extiende más allá del coito físico incluyendo componentes emocionales; y agrega que, de hecho, la actividad sexual se volvería aburrida con rapidez si estos aspectos de la interacción sexual estuvieran faltando. Por lo que es fundamental para cualquier relación significativa y duradera la intimidad y el amor, dado que en una relación sexual, el acercamiento emocional entre una pareja elimina el hecho de que el sexo sea un acto simple de cópula, elevándolo a un plano donde pueden reunirse muchas necesidades además de las sexuales y, sobretodo, puede acrecentar el placer sexual en los encuentros sexuales específicos y a la larga, puede ayudar a mantener relaciones sexuales satisfactorias progresivas. Debido a lo anterior, es vital analizar lo referente al amor.

2.5 Amor

El concepto de amor es difuso en su significado puesto que existen tantas definiciones sobre éste como personas que lo han experimentado. McCary (1983) explica que las observaciones interminables acerca de la naturaleza y la calidad del amor han sido hechas por poetas, filósofos, conductistas y la gente del pueblo. No obstante, a pesar de haber vertido tanta tinta, palabras, lagrimas e inclusive veneno sobre el tema, una definición precisa de amor continúa siendo tan elusiva en la actualidad como al principio de la historia.

El decir “te amo” puede poseer un significado personal muy intenso al grado que los individuos pueden usar las palabras en formas totalmente diferentes. Sin embargo, sí la palabra “te amo” hace referencia a deseos de aprobación, posesión, control, dependencia o necesidad exclusivamente, entonces la palabra está siendo usada como un arma de explotación, la persona amada es considerada como un objeto o es usada sin consideración de sus derechos y necesidades. Estas personas están envueltas en sí mismas y en el logro de sus necesidades que no pueden entender en forma alguna y preocuparse por las necesidades y los deseos de los demás. Un significado de la frase “te amo” más cercano a la experiencia de amar auténticamente puede definirse de la siguiente manera: “te respeto, te admiro y te quiero como eres, y deseo ayudarte para que continúes creciendo y beneficiándote para lograr tus anhelos” (McCary, 1983).

Debido a la extensión de esta investigación resultaría imposible exponer todas o una gran mayoría de las diversas definiciones que se han hecho del amor. No obstante se esbozaran algunas a modo de clarificar este concepto. Por ejemplo, el diccionario de Webster's del Nuevo Mundo de la Lengua Americana (citado en Sternberg, 1987) explica que el amor es un fuerte afecto, apego o devoción por una persona o personas; o bien, un fuerte afecto, usualmente pasional, hacia una persona del sexo opuesto. Maslow (citado en McCary, 1983) describe el amor como sentimientos de delicadeza y de afecto hacia otra persona, acompañados por gran excitación, regocijo e inclusive éxtasis. Para Gaja (citado en Retana & Sánchez, 2005) es un sentimiento de agrado hacia otra persona que se manifiesta por la comprensión, la complicidad, el entendimiento, la pasión y las habilidades de convivencia. Por su parte Rubin (citado en Gala, Lupiani, Guillén, Gómez, Bernalte, Raja, Miret & Lupiani, 2005) explica que el amor comprende una necesidad de estar con esa persona, una tendencia a prestarle ayuda cuando esto exija un sacrificio y un deseo de intimidad y exclusividad. De forma similar Aron y E. Aron (citado en Gala et al., 2005) lo definen como el conjunto de pensamientos, sentimientos y acciones que se asocian con un deseo de iniciar o mantener una relación íntima con una persona específica, destacándose el deseo de intimidad. Por último, Retana y Sánchez (2005) mencionan que otros autores han definido al amor en función de características tales como altruismo, intimidad, admiración, respeto, confianza, aceptación, unidad y exclusividad.

Con lo anterior, es posible vislumbrar la diversidad de opiniones en torno al amor. Sin embargo, el aspecto emocional y afectivo es el más sobresaliente, más no el único capaz de explicar la complejidad del amor que emerge en una relación de pareja. En un esfuerzo por comprender la magnitud y complejidad de éste que dentro del ámbito científico, el amor ha sido conceptualizado y medido a partir de distintas dimensiones, las más citadas son: cuidado, sexualidad, pasión, intimidad, respeto, compromiso y apego (Yela, 2006).

Una aproximación sólida dentro de la psicología que trata de explicar el amor es la Teoría Triangular del Amor propuesta por Robert J. Sternberg (1986). Este modelo explicativo surge de la investigación realizada en tres teorías de la naturaleza del amor, basados en modelos estructurales de la inteligencia, y que estaban enfocados en el

componente de intimidad. Los tres modelos fueron llamados: “spearmaniano”, “thomsoniano” y “thurstoniano”. El primero planteaba que el amor es un sentimiento global y que puede ser conceptualizado como una experiencia emocionalmente cargada y altamente positiva que no puede ser analizada. El modelo de “thomsoniano” dice que aunque experimentemos el amor como un impulso unitario de emociones, el amor puede ser realmente muchas cosas más que una sola cosa. Y finalmente el “thurstoniano”, en donde se propone que un sentimiento como el amor puede ser descompuesto en múltiples factores integrados, pero los factores siempre contribuyen a ese sentimiento global (Sternberg, 1986; 1999). Este estudio permitió observar que todos los modelos presentaban deficiencias y complicaciones, y que si bien la intimidad era un factor importante en todas las relaciones amorosas, la pasión y el compromiso eran particulares en otras relaciones, se daban de forma selectiva y marcaban diferencias entre ellas.

El primer estudio de Sternberg, realizado a comienzos de la década de 1980, y descrito en el libro Triangulo del Amor: Intimidad, Pasión y Compromiso, mostró que el factor general, es decir, el siempre presente en las relaciones amorosas era el denominado “comunicación interpersonal, intercambio y apoyo”. Los elementos esenciales para este factor eran: el compartir intereses, ideas e información, crecer personalmente a través de la relación, descubrir intereses en común, comprender al otro, hacer que el otro se sienta necesitado, recibir ayuda del otro, ayudar al otro a crecer personalmente y compartir sentimientos profundamente personales. Utilizando los datos obtenidos y efectuando un análisis de conjunto se comprobó que el factor era susceptible de ser descompuesto en conjuntos importantes, tales como compatibilidad, intercambio, apoyo mutuo y crecimiento personal.

Debido a este primer estudio, Sternberg (1999) pudo concluir que aunque el amor puede ser sentido como una sola cosa, no lo es: cuando uno experimenta amor, experimenta un gran conjunto de sentimientos, deseos, y pensamientos que, en su totalidad conducen a que la persona llegue a la conclusión de que “ama a alguien”. De este modo, los datos correspondían de mejor manera con el modelo de Thomson.

De esta forma se llegó al establecimiento de la Teoría Triangular de Amor, en la cual Sternberg (1986; 1997; 1999) propone que el amor puede ser interpretado a partir

de tres componentes: intimidad, pasión y decisión/compromiso. Sternberg (1999) afirmó que el amor puede ser comprendido como un triángulo, dentro del cual cada vértice representa uno de estos componentes. Dichos componentes juegan un papel clave en el amor, por encima de otros atributos, ya que muchos de los restantes aspectos del amor demuestran ser parte o manifestación de los tres componentes. Y explica que si los componentes se subdividieran en sus propios componentes, la teoría contendría tantos elementos que resultaría pesada. Es importante remarcar que no existe una única subdivisión correcta. Sin embargo, esta división es útil, ya que no dependen de la época y del lugar y aunque son diferentes los componentes, están relacionados, pero sobretodo la teoría muestra ser válida.

La intimidad se refiere al elemento emocional, que implica sentimientos de cercanía, confianza y unión en las relaciones amorosas. Es considerada como el fundamento del amor, se desarrolla lentamente y es difícil de lograr. En ella también se incluyen: el deseo de promover el bienestar del amado, sentimientos de felicidad junto a la persona amada, gran respeto por la pareja, capacidad de contar con la persona amada en momentos de necesidad, entendimiento mutuo, entrega de uno mismo y de sus posesiones a la persona amada, recepción de apoyo emocional mutuo, comunicación íntima y valoración del otro (Sternberg, 1986; 1997; 1999; Janda, 1998; Hendrick & Hendrick, 1989). Estos son algunos sentimientos que se pueden experimentar a través de la intimidad del amor; además no es necesario experimentarlos todos. La intimidad se experimenta cuando uno demuestra una cantidad suficiente de estos sentimientos, siendo esta cantidad probablemente variable de una persona a otra en diferentes situaciones.

El componente pasional del amor incluye, según Hatfield y Walster (citados en Sternberg, 1999), un estado de intenso deseo de unión con el otro. Por lo que se puede afirmar que la pasión es en gran medida la expresión de los deseos y necesidades, tales como necesidades de autoestima, entrega, pertenencia, sumisión y satisfacción sexual. Dentro de esta teoría, la pasión corresponde al elemento motivacional, y es el impulso que desencadena el romance, la atracción física y la consumación sexual. Sin embargo y de modo análogo a la intimidad, otras necesidades, como autoestima, ayuda mutua, enriquecimiento dentro de la relación, afiliación, dominancia, sumisión y

autorrealización, también contribuyen a la capacidad de experimentar pasión (Sternberg, 1997; Hendrick & Hendrick, 1989). La fuerza de dichas necesidades varía de acuerdo a las personas, situaciones y tipos de relaciones amorosas (Sternberg, 1987). Además en el amor, la pasión siempre interactúa, de alguna forma u otra, fuertemente con la intimidad,

Para Harold Kelley (citado en Sternberg, 1999) el compromiso es el grado según el cual una persona está dispuesta a acoplarse a algo o a alguien y hacerse cargo de esto o de la relación hasta el final. Dentro del marco del modelo triangular la decisión/compromiso se refiere al elemento cognitivo, e implica la decisión de amar a alguien a corto plazo y al compromiso de mantener ese amor a lo largo del tiempo; este componente puede resultar esencial para atravesar tiempos difíciles. Aunque parezca extraño, la decisión de amar no implica el compromiso de mantener ese amor, ni viceversa, ya que muchas personas están comprometidas al amor de otra sin admitir que están enamoradas. Es común que la decisión preceda al compromiso, y de hecho, la institución del matrimonio representa la legalización del compromiso de amar a otra persona por el resto de la vida (Sternberg, 1987). El componente decisión/compromiso del amor interactúa con la intimidad y la pasión. Para la mayoría de la gente, este componente resulta de la combinación de la relación íntima y el despertar pasional; sin embargo, la relación íntima o el despertar pasional pueden surgir del compromiso. Así el amor puede comenzar con una decisión (Sternberg, 1999).

Un aspecto importante en el estudio de los componentes del amor está relacionado con las propiedades de estos (Sternberg, 1999), ya que dichas propiedades son variables en cada uno de los componentes; y son estas propiedades las que tienden a reflejar algunas de las maneras en que funcionan los componentes dentro de las experiencias amorosas.

La intimidad y el compromiso tienden a ser relativamente estables en relaciones próximas, mientras que la pasión tiende a ser relativamente inestable y puede fluctuar de forma imprevisible. Se puede tener cierto grado de control consciente sobre los sentimientos íntimos, sí se es consciente de ellos, un alto grado de control sobre el compromiso que invertimos en la relación, pero poco control sobre la fuerza del despertar pasional que surge en el encuentro con el otro.

Generalmente somos conscientes de la pasión pero la conciencia respecto de los componentes intimidad y compromiso puede ser altamente variable. A veces experimentamos sentimientos cálidos de intimidad sin ser conscientes de ellos o capaces de identificarlos. De igual modo, a veces no estamos seguros de cuán comprometidos estamos en una relación hasta que la gente o los hechos intervienen para amenazar este compromiso.

La importancia de cada uno de los tres componentes del amor varía, según el promedio, de acuerdo a si una relación amorosa es de corta o de larga duración. En relaciones de corta duración, especialmente románticas, la pasión tiende a jugar un gran papel, mientras que la intimidad puede jugar sólo un papel moderado y el compromiso puede no jugar papel alguno. A modo de contraste, en una relación de larga duración, la intimidad y el compromiso desempeñan papeles relativamente importantes. En una relación de este tipo, la pasión juega típicamente sólo un papel moderado, que puede declinar en cierto grado a través del tiempo.

Los tres componentes del amor también difieren en su presencia en diferentes relaciones amorosas. La intimidad parece estar en el centro de muchas relaciones amorosas. La pasión tiende a estar limitada a las relaciones amorosas románticas y el compromiso es variable a lo largo de diferentes relaciones. La cantidad de compromiso psicofisiológico es igualmente variable, y es la pasión la que depende en gran medida de esto, ya que el compromiso parece implicar poca respuesta, y la intimidad requiere una cantidad intermedia.

La teoría triangular del amor busca comprender de manera científica las bases psicológicas, dimensiones del amor y la manera en la que las personas aman. A lo largo de los últimos párrafos se ha profundizado el estudio de lo que Sternberg considera los componentes del amor. Ahora sólo falta explicar de forma breve la manera en que las personas aman.

Sternberg (1986; 1997; 1999) propone que casi cualquier tipo de amor puede ser comprendido a partir de la combinación de sus tres componentes: intimidad, pasión y compromiso. Según la presencia o ausencia de los tres componentes antes mencionados existen ocho formas de amar. Ellas son 1) el desamor, en donde ningún elemento está presente; 2) la simpatía que está basada en la intimidad y es común en

las relaciones de amigos; 3) el enamoramiento, o también llamado amor a primera vista, está vinculado a la pasión pero no a la intimidad y compromiso, sin embargo es la base para iniciar las relaciones; 4) el amor vacío caracterizado por el compromiso y es común en parejas que han estado mucho tiempo juntas, quizás por el bien de los hijos, y que quieren mantener su relación aunque no compartan ni sus mentes ni sus cuerpos; 5) el amor romántico, común en relaciones nuevas, y es el resultado de la interacción de la intimidad y pasión en ausencia del compromiso; 6) el amor de compañeros, es común cuando la atracción sexual se ha desvanecido, es decir, cuando la pasión es baja; 7) el amor fatuo, en donde la pasión y compromiso son altos y la intimidad baja; y por último 8) el amor completo o consumado corresponde al ideal de amor, puesto que los tres componentes son fuertes, éste amor no es difícil de obtener sin embargo sí lo es mantenerlo.

La forma de amar de una pareja, es resultado de la combinación de estos tres elementos: intimidad, pasión y compromiso. Asimismo, cada elemento debe manifestarse, sobretodo, en forma de acción para que éstos puedan mantenerse y crecer (Sternberg, 1987). Por ejemplo, la intimidad debe ser expresada a partir de la comunicación o acciones concretas que den apoyo al otro; la pasión podría expresarse a través de abrazos o hacer el amor; y el compromiso puede expresarse a través de la fidelidad o símbolos tangibles, como un anillo. Ya que si los sentimientos no son expresados en acciones, la destrucción procede.

El amor depende de la cantidad y la expresión de sus componentes, así como de la unión de dos personas con historias y vivencias únicas e interrelacionadas en el presente. Es decir, es resultado de un proceso histórico-bio-psico-sociocultural, en el que el desarrollo psíquico de la persona juega un papel sumamente importante, pues de este depende la sexualidad y su expresión, en todas sus formas y conductas. Es por esto que otro elemento cardinal dentro de las relaciones humanas, que surge de ese desarrollo y permite la comunicación y contacto con el otro, es la imagen corporal.

3. Percepción del sí mismo y la imagen del cuerpo

3.1 Imagen Corporal

El cuerpo se define como la parte orgánica de un ser animado (García-Pelayo, 1984). Del análisis hecho a ésta entidad física en relación con su psiquismo se deriva el concepto de imagen corporal. Este término va más allá del propio cuerpo y del conocimiento que se tenga de éste, es decir trasciende el concepto de esquema corporal. El esquema corporal se entiende como el conocimiento del propio cuerpo a nivel representativo, se constituye lentamente hasta los doce años y depende de la maduración del sistema nervioso (Ballesteros, 1982). En principio, el esquema corporal es el mismo para todos los individuos mientras que la imagen corporal es propia de cada uno, está ligada al sujeto, a su historia y puede desarrollarse independientemente del esquema corporal (Dolto, 1986).

Al abordar brevemente el tema del desarrollo de la imagen corporal, se hace evidente que ésta depende, en gran medida, del contacto físico del niño con su madre y del entorno social que les rodea (Ballesteros, 1982). De acuerdo con Spitz (citado por Ballesteros, 1982), entre los dos y ocho meses se construye la imagen del cuerpo. En este tiempo el niño toma consciencia de su unidad e individualidad. No obstante, la formación de la imagen del cuerpo no finaliza a esta edad, es más constantemente se está renovando, por lo que es acertado decir que entre los dos y ocho meses se construyen las bases para esta imagen. Para los psicoanalistas, entre ellos Françoise Dolto (1986), la imagen corporal se desarrolla junto con las etapas psicosexuales del desarrollo y depende de que tan bien el niño logre resolver estas etapas. En cada estadio de ese desarrollo, el cuerpo adquiere un significado afectivo nuevo y la integración de esas experiencias contribuye a la elaboración de la imagen del cuerpo (Ballesteros, 1982). El hecho de superar las fases del desarrollo de una forma gratificante para el sujeto puede proporcionarle un sentimiento de bienestar corporal que contribuye a la formación de la imagen de su cuerpo (Dolto, 1986; Ballesteros, 1982).

La imagen corporal se explica a partir de diferentes enfoques y existen varias dilucidaciones en torno este concepto. Raich (2000) la define como la representación del cuerpo que cada individuo constituye en su mente, y explica que una concepción

más dinámica la define en términos de sentimientos y actitudes hacia el propio cuerpo. Por otro lado, Rosen (citado en Raich, 2000) explica que la imagen corporal se refiere a la manera en que uno percibe, imagina, siente y actúa respecto al propio cuerpo. O sea, que se contemplan aspectos perceptivos y subjetivos, como satisfacción o insatisfacción, preocupación cognitiva, ansiedad, y aspectos conductuales. Del mismo modo Cash y Pruzinsky (citado en Raich, 2000) explican que la imagen corporal perceptualmente implica imágenes y valoraciones del tamaño del cuerpo y la forma de varios aspectos de este; cognitivamente suponen una focalización de la atención en el cuerpo y autoafirmaciones inherentes al proceso, creencias asociadas al cuerpo y la experiencia corporal; y emocionalmente explican que involucra experiencias de placer, displacer, satisfacción, insatisfacción y otros correlatos emocionales ligados a la apariencia externa.

Greenberg, Bruees y Haffner (2000) definen a la imagen corporal como la imagen mental que se tiene sobre la apariencia física; y explican que esta imagen mental esta influenciada por muchos factores, entre ellos el peso y su distribución, los valores sobre la apariencia física, el bagaje étnico, lo que la persona observa a su alrededor y escucha en los medios de comunicación. Sin embargo, es también producto de experiencias emocionales interhumanas, pues, se estructura mediante la relación y comunicación entre sujetos (Dolto, 1986).

De modo general, se puede decir que la imagen corporal incluye: la percepción que se tiene de todo el cuerpo, de cada una de sus partes, del movimiento y límites de éste; así como la experiencia subjetiva de actitudes, pensamientos, sentimientos y valoraciones que se hacen, se sienten y actúan; y el modo de comportarse derivado de las cogniciones y los sentimientos que experimentamos (Raich, 2000).

La imagen corporal es un constructo multidimensional que incluye auto-percepciones y actitudes en cuanto a la propia apariencia física (Cash, Morrow, Hrabosky & Perry, 2004). Las actitudes a su vez implican ciertos componentes evaluativos, cognitivos y comportamentales (Cash, 2000). De acuerdo con Grabe y Hyde (2006), dentro de las actitudes destacan cuatro componentes: 1) insatisfacción global subjetiva, que se refiere la satisfacción e insatisfacción general de la propia apariencia; 2) tensión afectiva concerniente a la apariencia, que alude a las emociones,

como la ansiedad e incomodidad, sobre la apariencia propia; 3) aspectos cognitivos de la imagen corporal, que incluye la inversión en la apariencia, pensamientos o creencias erróneas sobre el cuerpo y esquemas de la imagen corporal; y 4) comportamiento evitativo reflejo de la insatisfacción con la apariencia, que apunta a la evitación de situaciones u objetos que evoca preocupaciones con la imagen corporal.

Una investigación reciente sobre la imagen corporal la estudió desde de una perspectiva cognitiva y conductual, y enfatizó los procesos del aprendizaje social y la mediación cognitiva del comportamiento y las emociones. Cash (2002) ha propuesto un modelo descriptivo de la imagen corporal, en donde explica este constructo a partir de los esquemas y las actitudes. Según él, los factores que dan forma al desarrollo de la imagen corporal están relacionados con influencias históricas y eventos en la vida actual del sujeto.

Los factores históricos se refieren a eventos pasados, atributos y experiencias que predisponen o influyen como las personas llegan a pensar, sentir y actuar en relación a su cuerpo. De estos elementos se desprende el significado de la apariencia física y las experiencias enfocadas al cuerpo durante la infancia y adolescencia. Explica que dentro de estos hechos pasados están la socialización cultural, las experiencias personales, las características físicas y los atributos de personalidad.

En relación a la socialización cultural explica que los mensajes culturales crean estándares o expectativas sobre la apariencia, sobre cuales características físicas son valoradas o no socialmente, y lo que significa tener o carecer de dichos atributos. Respecto a las experiencias interpersonales se explica que las expectativas y opiniones se transmiten a través de la interacción con la familia, los amigos, los compañeros e inclusive los extraños; y que las críticas predisponen a la insatisfacción con el cuerpo.

Sin duda el desarrollo de la imagen corporal también se ve afectado por las características físicas del individuo. Se cree que la que mayor impacto tiene en la evaluación de la imagen corporal es el peso, sin embargo, existen una infinidad de características que la pueden impactar, por ejemplo, la muscularidad, estatura, el acné de la adolescencia, desfiguraciones, la pérdida de la elasticidad en la piel o la densidad del cabello. Los atributos de la personalidad pueden, también, influenciar la formación

de las actitudes en torno a la imagen corporal. Por ejemplo, un autoconcepto positivo facilita el desarrollo de una evaluación positiva del propio cuerpo, y puede ser una barrera contra los eventos que resquebrajan esa buena evaluación. Asimismo, las mujeres apegadas al rol tradicional femenino invierten más en su apariencia, tienen más internalizados los estándares de belleza e incurren en afirmaciones mal adaptativas sobre su apariencia.

A través de varios tipos de aprendizaje social, los factores históricos se introyectan en esquemas y actitudes fundamentales, dentro de los cuales se incluyen la evaluación y la inversión en la apariencia física. Grabe y Hyde (2006) afirman que las dos facetas primordiales en cuanto a las actitudes y esquemas de la imagen corporal son la evaluación, o sea la satisfacción e insatisfacción, y la inversión, es decir, la importancia psicológica que uno le da a la apariencia. Y Cash, Morrow, Hrabosky y Perry (2004) expresan que una mayor inversión psicológica en la apariencia es un factor que incrementa el riesgo de hacer una evaluación negativa de la imagen corporal.

Ahora que se han analizado los factores históricos y cómo estos predisponen la adquisición de ciertas actitudes, es importante considerar como operan en la vida diaria de la persona. De acuerdo con la perspectiva cognitiva conductual, propuesta por Cash (2002), ciertas situaciones activan los esquemas y las evaluaciones de la apariencia física, y estos pueden sacar a la superficie sentimientos y pensamientos negativos. Las personas con el fin de hacer frente a estos pensamientos y emociones realizan una serie de acciones que implican estrategias cognitivas y conductuales para ajustarse a los eventos del ambiente.

Como se ha explicado, la imagen corporal está contenida en esquemas y actitudes, principalmente en la inversión de la apariencia física y la evaluación del cuerpo. Todo esto surge tanto de los eventos pasados, que predisponen a la gente a pensar, actuar y sentir en relación a su cuerpo, y a los eventos de la vida cotidiana que activan tales esquemas y creencias. Si los esquemas y actitudes que posee la persona son poco favorables surgen las preocupaciones con la imagen corporal. Estos disturbios pueden dar como resultado una visión negativa de la apariencia e insatisfacción con la imagen del cuerpo.

3.3. Satisfacción versus insatisfacción corporal

Según Fisher y Cleveland (citado por Ballesteros, 1982), el individuo va organizando, desde una edad muy temprana las percepciones de su cuerpo; sobrevalorará una partes e infravalorará otras; algunas áreas del cuerpo persistirán en la conciencia, mientras otras casi desaparecerán. Las percepciones y actitudes en torno a la apariencia física ulterior dependerán principalmente de un desarrollo psicológico saludable, de la relación emocional de los padres con el niño y de las influencias socioculturales circundantes a la persona. Dependiendo de los procesos antes mencionados, la persona estará satisfecha con su imagen corporal o bien insatisfecha.

La insatisfacción corporal se define como la evaluación negativa sobre la propia apariencia y consiste en experimentar pensamientos y estima negativa respecto al propio cuerpo (Dittmar, Ive & Halliwell, 2006). De acuerdo con Cash, Morrow, Perry & Hrabosky (2004), la insatisfacción con la imagen corporal incluye displacer con uno o más aspectos del propio cuerpo o en general con la atracción física. En las mujeres latinas está relacionada con el rol tradicional femenino, puede estar influenciada por los ideales de belleza de la cultura e incrementa con el crecimiento de las niñas hacia la adolescencia y se mantiene relativamente estable durante la adultez (Grabes & Hyde, 2006). De hecho, las mujeres son más propensas a experimentar preocupaciones con el cuerpo y con ello mayores índices de insatisfacción, esto en comparación con los hombres (Cash, 2002).

Si bien el ideal de belleza explica en parte la insatisfacción corporal, no es el único factor, McLaren, Hardy y Kuh (2003) explican que el índice de masa corporal, actual y pasado, es el correlato más consistente de la insatisfacción corporal y que las mujeres más pesadas tienden a estar menos satisfechas. A este respecto, la investigación retrospectiva ha encontrado que las mujeres que de niñas fueron obesas reportan mayor insatisfacción que aquellas con obesidad cuando adultas, y que mientras más temprano se presentaba la obesidad peor era su imagen, independientemente del índice de masa corporal actual (McLaren et al., 2003).

Un estudio reciente con niñas de 5 a 7 años evidencia que el peso, la valoración negativa del cuerpo y un autoconcepto pobre están mediados por la influencia social,

como son la burla de los compañeros y las críticas de los padres (Dittmar, Halliwell & Iwe, 2006). Cash (2002) menciona que las actitudes negativas hacia el sobrepeso surgen a edades muy tempranas; y que, de hecho, la estigmatización de los niños gordos se presenta a la edad de 3 años.

La maduración temprana es también otro disparador de la insatisfacción con el cuerpo (Striegel-Moore et al., 2001; citado por McLaren et al., 2003). Las explicaciones en torno al desagrado con el propio cuerpo son diversas, no obstante, una de las perspectivas mejor establecidas que explican el desarrollo de la insatisfacción corporal es la teoría sociocultural, que considera a los medios masivos de comunicación y a las muñecas como poderosos transmisores y reforzadores de los ideales del cuerpo (Dittmar et al., 2006). Diversos estudios correlacionales y experimentales demuestran que el ideal ultradelgado del cuerpo, presentado en los medios y publicidad, genera un incremento en la insatisfacción corporal entre mujeres adultas. No obstante, es importante señalar que aunque la insatisfacción permanece estable a lo largo de la vida, ésta tiene un menor impacto, desde el punto de vista psicológico, en la medida que la mujer crece (Cash, 2002).

Este fenómeno es un problema importante en las sociedades de occidente y se manifiesta con más frecuencia en mujeres y niñas (Grabe & Hyde, 2006). Un ejemplo de esto es su prevalencia entre las mujeres de Estados Unidos, en donde casi la mitad de éstas reporta evaluaciones negativas de sus cuerpos (Cash & Henry, 1995; citado por Grabe & Hyde, 2006). Existen factores étnicos, raciales y culturales que determinan hasta que punto una mujer padece este problema, ya que el significado del cuerpo depende de la cultura y el contexto del grupo social (Crago & Shisslak, 2003; citado por Grabe & Hyde, 2006). Pocos estudios se han enfocado a las diferencias raciales y existe poca información y es contradictoria respecto a las hispanas en comparación con las mujeres angloamericanas. En estas investigaciones se ha indicado que las mujeres angloamericanas reportan mayores niveles de insatisfacción; sin embargo, otros estudios no han encontrado diferencia (Grabe & Hyde, 2006)

3.4 Relación entre insatisfacción corporal y sexualidad.

Ya que el cuerpo es la herramienta principal en la exploración y gozo de la sexualidad, es indudable que existe una relación entre estos aspectos. Wiederman (2002) explica que el funcionamiento sexual involucra la compleja interrelación de pensamientos, sentimientos, procesos físicos y conductas. Consecuentemente, parece obvio que la imagen corporal, que representa la intersección del cuerpo físico con la actividad cognitiva y emocional, sea un componente importante del funcionamiento sexual. Pese a esto, resulta sorprendente que una relación al parecer tan obvia sea escasamente estudiada.

Antes de comenzar a hablar concretamente sobre la relación entre imagen corporal y sexualidad, es importante señalar algunas distinciones. La imagen corporal puede incluir la autoevaluación del atractivo físico o el "sex appeal", así como percepciones y evaluaciones específicas de áreas específicas del cuerpo como los propios genitales. Como consecuencia, explica Wiederman (2002) estos posibles aspectos de la evaluación de la imagen corporal pueden ser experimentados como disposiciones generales o como efectos de una situación sexual en particular. Es decir, un individuo se puede sentir demasiado consciente sobre su apariencia en general o genitales a lo largo de las situaciones sexuales, o bien, puede experimentar esa autoconciencia sólo en situaciones particulares o con ciertas parejas.

Es complicado determinar el grado en el que la imagen corporal por sí sola afecta el funcionamiento sexual, ya que este funcionamiento, comúnmente, conlleva cierta implicación con la pareja. Esta complejidad llega al extremo, pues existe una sobreposición entre la propia imagen corporal y la propia atracción física hacia el otro. La aparente relación entre la imagen corporal y el funcionamiento sexual puede ser una función del grado de atracción física potencial que los compañeros experimentan hacia cierto individuo (Wiederman, 2002).

De cualquier manera, algunos estudios recientes muestran ésta relación y explican que la insatisfacción corporal puede inhibir la conducta sexual e interferir con la calidad de la experiencia sexual. Greenberg, Bruess y Haffner (2000) explican que la imagen del cuerpo afecta la conducta sexual puesto que las personas con una imagen corporal favorable son más propensas a abrirse a la expresión sexual y mostrar sus cuerpos; por el contrario, aquellos con una imagen corporal negativa serán menos

propensos a esto y manifestarán sentimientos de incomodidad. Asimismo, tanto los hombres como las mujeres, pueden estar tan preocupados con su imagen corporal que son incapaces de experimentar placer sexual e intimidad (Greenberg et al, 2000).

Por otra parte, Castelo-Branco (2005) explica que en la mayoría de casos de insatisfacción sexual en la mujer, donde haya o no causas orgánicas, existe un trasfondo psicoemocional. Las personas que son incapaces de tener una relación sexual satisfactoria con frecuencia presentan deficiencias emocionales como: inseguridad personal y problemas de autoestima, la no aceptación del esquema corporal y educación sexual contradictoria.

En diversos estudios (Cash, Morrow, Hrabosky & Perry, 2004; Schooler & Ward, 2006; Grabe & Hyde, 2006; Benrud-Larson et al., 2003; Olivardia, Pope, Borowiecki & Cohane, 2004; McLaren, Ardi & Kuh, 2003; Dittmar, Ive & Halliwell, 2006; Paxton, Eisenberg & Neumark-Sztainer, 2006) se ha encontrado que una imagen corporal negativa puede resultar en consecuencias psicosociales adversas para hombres y mujeres, dentro de estos efectos se encuentran trastornos de la alimentación, depresión, ansiedad social, afección en el funcionamiento sexual, baja autoestima y disminución en la calidad de vida.

Los trastornos de la imagen corporal se presentan con mayor frecuencia en mujeres jóvenes, que están sujetas a la imagen del cuerpo ideal propagado masivamente por los medios. Estas comparaciones pueden llegar a hacer que la mujer se sienta incómoda mostrando su cuerpo, lo que genera una importante pérdida de la autoestima que impacta su vida labora, social y principalmente sexual (Castelo-Branco, 2005). Se ha encontrado que cuando las personas con estos trastornos consiguen tener una imagen corporal más real de sí mismas, su sexualidad se restablece en un nivel más pleno y sobretodo realista.

Weavar y Byers (2006) encontraron que una evaluación positiva de la imagen corporal está significativamente asociada con un mejor funcionamiento sexual. Es probable que la insatisfacción corporal así como la excesiva inversión psicológica en la apariencia física genere en la persona un estado de alerta en cuanto a su físico y que ésta evite la exposición de su cuerpo, lo que puede generar impedimentos en el deseo

sexual, la excitación, orgasmo, el gozo y el desempeño (Cash, Maikkula & Yamamiya, 2004).

En un estudio publicado por la revista *Psychology of Men & Masculinity*, en donde se discute la relación entre imagen corporal, sexualidad y el impacto de los medios de comunicación, se describe que si las actitudes respecto al cuerpo son negativas es muy probable que esto active el temor a una evaluación negativa; el temor a la evaluación negativa del cuerpo puede causar que la persona escape física o emocionalmente de las situaciones sexuales, tal escape dificultará la comunicación y conductas promotoras del sexo seguro (Schooler & Ward, 2006).

Es difícil saber la causalidad que existe entre la imagen corporal y las experiencias sexuales, puesto que las experiencias sexuales afectan nuestra imagen corporal y viceversa. Una encuesta realizada por la revista *Psychology Today* (citada en Greenberg et al., 2000) muestra que el 40% de los hombres y el 36% de mujeres dijeron que sus experiencias sexuales displacenteras causaron sentimientos negativos sobre sus cuerpos; mientras que, 70% de los hombres y 67% de las mujeres sintieron que las experiencias sexuales placenteras contribuyeron a sentirse satisfechos con sus cuerpos.

4 Planteamiento del Problema

La satisfacción sexual y la imagen corporal son dimensiones que se desarrollan a lo largo de la vida e influyen en la forma en la que la persona se relaciona consigo misma y los demás. En la interacción con el otro surgen diversos tipos de amor, que de acuerdo con Sternberg (1997) dependen de la ausencia o presencia de la intimidad, pasión y compromiso.

Sin duda la satisfacción sexual, la imagen corporal y los componentes del amor (intimidad, pasión y compromiso) presentes en una pareja, son elementos que se vinculan estrechamente, pero ¿Qué relación existe entre ellos? ¿Qué tipo de relación existe entre la satisfacción sexual y la intimidad, la pasión y el compromiso? ¿Existe una relación entre la imagen corporal y la satisfacción sexual? O bien ¿Existe algún vínculo entre la imagen corporal y los componentes del amor?

El propósito de esta investigación es tratar de darle respuesta a estas preguntas. Por lo tanto, el **objetivo general** de esta investigación es estudiar la relación entre la satisfacción sexual, los componentes del amor y la imagen corporal en mujeres universitarias solteras y profesionistas casadas. Así como estudiar las diferencias entre el grupo de mujeres solteras y casadas respecto a las variables antes mencionadas.

Los **objetivos particulares** son:

- 1) Estudiar la relación entre satisfacción sexual e intimidad, pasión y compromiso
- 2) Estudiar la relación entre satisfacción sexual e imagen corporal
- 3) Estudiar la relación entre la evaluación de la imagen corporal e intimidad pasión y compromiso.
- 4) Estudiar las diferencias entre la satisfacción sexual, imagen corporal e intimidad, pasión y compromiso, en el grupo de mujeres universitarias solteras y profesionistas casada.

Por lo anterior se hipotetiza que la satisfacción sexual se relaciona con la intimidad, la pasión y el compromiso, y con una imagen corporal satisfactoria. También que existen diferencias entre el grupo de mujeres profesionistas casadas y el grupo de

universitarias solteras, ya que las primeras experimentarán mayores niveles de intimidad, pasión y compromiso en su relación por lo que estarán sexualmente más satisfechas. Sin embargo, se espera que la imagen corporal de las mujeres universitarias solteras sea más satisfactoria que las del grupo de casadas profesionistas.